

lamento correcto y muy bien dicho, cediendo en seguida la presidencia al diputado y elocuente orador D. José M.^a Vallés y Ribot.

Cedida la palabra al Sr. Fontcuberta, en enérgicos períodos condenó el régimen actual. Puso de relieve la injusticia que se comete con los pobres repatriados. Mientras la monarquía y los ministros siguen cobrando en oro, aquellos infelices no pueden cobrar del Estado las miserables pesetas que se les adeudan. Atacó al Sr. Cambó por lo que dijo hace algún tiempo en aquel mismo local sobre autonomía. Parafreseando algunas de las bases del programa federal, concluyó diciendo que la república no la debían esperar por medio de evoluciones, sino que debían tomársela por medio de la revolución.

Se levantó el Sr. Gironella redactor de *El Federalista* y en lenguaje llano pero de convencido, fué glosando varias de las bases del programa del partido federal, deteniéndose principalmente en las que afectan á la clase proletaria.

Concédese la palabra al Sr. Salvatella. Este se muerde los labios nerviosamente, su fisonomía de seminarista elegante se pone hosca con un temor de novicio, y sus manos crispadas las mete y saca inconscientemente de sus bolsillos y por tres veces se abrocha y desabrocha la americana. Se levanta por fin. No tiene suficiente espacio por lo que él necesita y nada está seguro á su lado. Yergue toda su varonil figura y ladeado pasea una mirada miedosa por sobre el público, y lanza sobre el mismo un saludo, de una elocuencia hermosa, en el que pone su juventud y su entusiasmo. La frase sale rotunda, y su voz llena pero apagada le da cierto aire magestuoso. Se arrastra por un momento el rotundo período; pero el fuego de la pasión lo caldea de nuevo, y toma nuevas proporciones y concluye de un modo magistral. En el resto del discurso por más que lo intenta no da ya con un período como éste. Su frase es á veces correcta, á veces desmayada, y su voz que no modula ó no puede modular, da á su peroración, sea por cansancio ó porque el asunto no se le preste, cierta uniformidad que no se aviene con la verdadera elocuencia.

Duélese que determinados republicanos para obtener aplausos fien el triunfo de la república á la revolución, cuando solo podremos conseguirla por medio de la evolución. Esta será larga, tal vez necesitaremos un siglo, pues no estamos capacitados por ahora. De estarlo, al perder las colonias, habríamos ya destruido el actual régimen. Porque el pueblo no tiene conciencia de lo que es, no pre-

dicamos la revolución. Se agarran á la revolución los republicanos centralistas y no tienen un programa concreto para el día que triunfaran. Esto sólo lo posee el partido federal. Ataca á los catalanistas que se unen con los ministeriales. Es más franco decirse monárquico que no disfrazarse de catalanista. Alude á Cambó y dice que le inspira lástima. Hace poco en un mitin y desde aquí mismo donde yo hablo supuso que ellos habían sido los primeros y verdaderos autonomistas cuando nuestro gran Pi y Margall llevaba medio siglo de predicar la autonomía. Glosa después el programa del partido federal principalmente lo que se refiere á la enseñanza y á la separación de la Iglesia y del Estado.

Se levanta el Sr. Vallés y Ribot. El público le saluda con un largo y cariñoso aplauso.

El busto anguloso del jefe de los federales removiéndose detrás de la mesa presidencial adquiere un relieve y una vida que hasta entonces no había tenido. Su fisonomía entenebrecida como si se iluminara. Los ojos centellean, los brazos se encuadran y todo él toma la arrogancia, no del fatuo, sino del luchador empedernido.

Oyese su voz algo ronca con agudos viriles, agudos que se extienden por la sala como el clarín de guerra que en la hora del combate infunde alientos y esperanzas á sus parciales.

En mis peregrinaciones políticas—dice—he puesto mis cariños á varias poblaciones. La capital del Vallés, la hermosa y liberal Granollers es una de mis predilectas. Amistad, cuestiones políticas, deberes profesionales, todo ha contribuido á lo mismo. No puede continuar sin antes dirigir un intenso saludo al que fué nuestro convecino, al que fué amigo suyo, al jefe de los federales, á D. Marcellino Jubany.

Y dice el período con sinceridad y hondamente conmovido, y por lo que se ve, llega al alma del público.

Calla el orador como si deseara tomar alientos para las graves cuestiones que debe tratar. Su barba puntiaguda echándose hacia adelante y hacia atrás su frente bombada, danle un aspecto de reto.

Catalán soy—dice—y por eso llamaré al pan, pan, y al vino, vino.

Explica como después de la pérdida de las colonias se han iniciado dos poderosas corrientes en la opinión catalana. Una es movida por el catalanismo y otra por los republicanos. Pero lo que había de ser la muerte del centralismo, se ha convertido en su vitalidad principal. Ha tenido medios el centralismo en desviar á las corrientes de su verdadera fina-